

E. MIRET MAGDA LENA

HE repetido en mis últimos artículos que estamos viviendo en manifiesta confusión, y esto en todos los órdenes: religioso, económico, cívico y cultural. Y no sólo entre nosotros, sino en la mayor parte del mundo actual.

Refiriéndome a nuestro país hay que reconocer que se lee poco. Y lo poco que se lee, se hace de prisa y corriendo, y sin orden ni concierto. Mezclamos, como decía Sancho Panza, habas con capachos. No se nos acostumbró a juzgar acerca de lo que leemos, ni antes ni después de hacerlo, sino a guiarnos por el solo sentimiento. Leo esto porque me gusta, y dejo de leerlo porque no me gusta: la razón objetiva y serena entra muy poco en cuenta. La primera impresión es la que importa de hecho para seleccionar nuestras lecturas. No suele haber un juicio previo de valor que oriente nuestra elección: todo se hace a ciegas. Sin duda los antiguos catálogos de libros prohibidos y de obras moralmente recomendables, que privaban entre los católicos, eran una infantil y anacrónica caricatura de lo que debe ser. Lo que se necesita son buenas historias críticas literarias o filosóficas, y buenos análisis de los libros actuales como base necesaria para nuestra selección. Pero, ¿se cultiva en serio —salvo excepciones— la crítica y análisis imparcial del libro? ¿No se suele considerar la crítica de libros frecuentemente como faena de segunda y tercera categoría? Yo no sé por qué no nos damos cuenta —salvo por la superficialidad en que vivimos— de la importancia de esta labor orientadora que debía recoger las mejores plumas y la mayor atención.

Y a esto se añade la televisión, que actúa en demasiadas ocasiones considerándonos como saco vacío en el que vamos acumulando lo que nos echan, sin intervenir para nada nuestra persona. En una palabra: por unas causas o por otras, somos modelados por el azar y por circunstancias que no obedecen suficientemente a lo objetivo, sino a móviles interesados de otros.

Y, sin embargo, tenemos la sensación de ser libres porque nos creemos espontáneos, porque seguimos ciegamente nuestras reacciones, y con eso tenemos la sensación de vivir la libertad. Sin embargo, esta espontaneidad no es libertad: es sólo impresión de ser libres, pero que nos mantiene esclavos de las influencias ciegas, y casi siempre emotivas, ejercidas por los demás.

Esto es lo que siembra la confusión dentro de nosotros mismos, y la ausencia de personalidad en que vivimos.

Algo andalago nos ocurre en el campo de lo político en nuestro mundo. Las palabras no se corresponden frecuentemente con los contenidos. Hoy cualquiera se llama demócrata o socialista, o cualquier otra cosa, porque son etiquetas necesarias para atraer a los demás y para ser actuales. Pero quienes así se llaman, ¿qué contenido postulan tras esos términos? Quisiéramos saberlo, pero no es tan fácil porque vivimos de lo exterior de las palabras, y los que queremos explicarlas, a veces nos vemos y nos

deseamos. Sería preferible que cada uno defendiera sus propias ideas sin emplear eufemismos o disfraces sea por oportunidad o por necesidad. Quizá así —personas o asociaciones— atraerían más, si no se pusieran títulos que esconden más bien que descubren la realidad pretendida, porque empezamos a estar escépticos de las palabras. En el plano religioso, me resultan más simpáticos los conservadores, como el francés padre Bruckberger, que no tiene pelos en la lengua para decir lo que piensa y cree, que ciertos híbridos centristas que más parecen oportunistas que creadores de una corriente eficaz. La palabra cambio ya no se sabe a qué obedece porque en realidad resultaba demasiado inmóvil.

Y, ¿qué decir de lo económico?, las malas noticias se mezclan de tal modo con los buenos deseos, que, al final, no sabemos a dónde vamos. Y esto, en todos los planos sociales, engendra la atonía. Obedecemos a fuerzas ciegas que desconocemos, o no tenemos la valentía de desvelarlas. Los comentarios fluctuantes y demasiado emotivos se quedan, salvo excepciones de algunos especialistas, en anécdotas, reacciones o deseos superficiales. A veces tardamos más de un año en decir lo que está ocurriendo,

TIEMPO DE CONFUSION

como en recientes declaraciones económicas. Y los remedios de que se habla no parece que vayan al fondo de la cuestión, que es más estructural que coyuntural. Hemos de conseguir, además, que por unas causas o por otras no se olvide a la media España que, sin embargo, está ahí. Los problemas atañen a todos, y todos deberían poder colaborar a solucionarlos.

Y si nos acercamos al ámbito de lo religioso no es para dicha la confusión en la que estamos. La teología es un cambiar en pocos años, sin peso, sin norte y sin serenidad, para acoplar apresuradamente el primitivo núcleo cristiano a las últimas modas humanas. Se pasa con velocidad de vértigo de la teología de la guerra y la teología de la rebelión, propugnadas por las derechas católicas, a la teología de la revolución, de la liberación y de la violencia inventadas por la izquierda católica. Y empieza a surgir en estos últimos años una nueva teología que nada tiene que ver con la anterior, y que se cree que está enraizada en el Evangelio más que ninguna otra de estas teologías sociales: la teología de la no violencia.

Hace pocos días, asistía a una reunión convocada por unos religiosos que, hasta hace

poco, eran campeones de la tradición más conservadora. Se trataba, en esta reunión, del milagro y la perplejidad de los seglares asistentes fue mayúscula, aunque no demostraron ser nada asustadizos. En amalgama bien poco coherente vi desfilar por estas mentes de clérigos católicos, con la mayor naturalidad, las posturas que ayer ellos mismos estigmatizaron como herejía y pecado. El racionalismo, el liberalismo exegético, la historia de las formas, y la desmitologización se encontraban unidas en confuso maridaje sin categoría intelectual ni profundidad. Pero, eso sí, aquello era la moda, lo actual, lo que se lleva. Y, ¿cómo iban a dejar de decirlo estos católicos de una institución religiosa que se quedó sobre manera atrasada, y quiere recuperar nerviosamente el tiempo perdido? Al final de aquella reunión apenas quedaba nada religioso en medio de la aceptación beata y sin crítica, por parte de estos religiosos, de las últimas modas profanas. Yo me preguntaba, como católico: ¿por qué dar tanta importancia a lo externo, y no poner en primer término lo interior? Yo hago las más radicales críticas a la envoltura religiosa que ingenuamente hemos mantenido hasta hace poco, como si fuese eterna. Pero cada vez doy menos importancia a esto, y centro lo religioso en la fuerza dinámica de esa vivencia interior que nos lleva a trascendernos nosotros mismos y a transformar todas las cosas hacia algo mejor. Si en este proceso clerical de eruditos a la violeta perdemos la experiencia profunda de lo religioso, de nada vale la demolición exterior realizada por ellos, por moderno que se suponga este proceso renovador.

Del mismo modo que resulta grisible el afán neurótico de aferrarse a esa envoltura externa que tienen los conservadores. Olvidan que lo divino no se halla en los conceptos, en las palabras, ritos o doctrinas, sino "en la realidad que se encuentra tras el concepto", como enseñaba hace siete siglos el tradicional, pero inteligente Tomás de Aquino.

El «strip-tease» eclesial y eclesial que efectúan muchos clérigos es tan infantil como el de los «night-clubs». Lo que hemos de hacer es aceptar con naturalidad el desnudo, tanto en el arte como en la fe, sin aspavientos en contra, ni tampoco cayéndonos la baba como a los bebés.

Ya sé que el hombre tiene mucha capacidad de recuperación y de creatividad; y esa es la única esperanza que tenemos muchos. Pero me pregunto si no nos hemos acostumbrado demasiado a vivir en esta confusión cultural, económica, política y religiosa cuyo resultado lógico es la atonía. La encuesta de Blanco y Negro sobre los deseos de los españoles para futuro jefe de Gobierno, revelan un preocupante porcentaje mayoritario de atonía. El desinterés de la juventud por las Iglesias tradicionales manifiesta la misma reacción de atonía. Y lo mismo se podría decir de las demás parcelas de la realidad social. Eso es lo que hemos creado con nuestros temores, frenos y sobre todo con la confusión. ■